



Don Juan Manuel
"Lo que sucedió a un mancebo que casó con una muchacha muy rebelde"
El conde Lucanor

Antes de leer

1. ¿Sabes de alguien que se casó sólo por dinero? ¿Qué opinas de esa persona?
2. En un matrimonio, ¿crees en la igualdad entre los sexos? ¿Por qué sí o no?
3. ¿Conoces a mujeres muy independientes? ¿Qué te parecen?

Información

Siendo sobrino del rey Alfonso X, don Juan Manuel tenía un papel importante en la corte española durante la primera mitad del siglo XIV, habiendo participado, además, en varias guerras. Escribió poesía, historia, obras didácticas e incluso un libro sobre la caza.

El conde Lucanor es una colección de cincuenta cuentos y es una imitación de los cuentos morales comunes entre los árabes. Don Juan Manuel era gobernador de un distrito cerca de Murcia y aquí es donde estudió lengua y literatura árabe. Muchos consideran este libro la primera obra maestra española del género de ficción. Creó, además, una rica fuente de ideas, tramas y personajes para futuros autores de otros países europeos.

Al leer, el lector se debe fijar en algunas diferencias entre el español moderno y el español medieval. Se notará, por ejemplo, el uso de la segunda persona singular "vos" en vez de "tú" o "usted." Se dice "vos sois" en vez de "tú eres" o "Usted es." También se ve que el pronombre del objeto indirecto frecuentemente se coloca después del verbo conjugado: "díjole" en vez de "le dijo." Y por último hay que notar que la conjugación del imperfecto del subjuntivo termina en "se": "fuese" en vez de "fuera," "cumpliese" en vez de "cumpliera," etc.

Vocabulario

1. mancebo—hombre joven; mozo.
2. talante—voluntad; disposición.
3. menguado—pobre; reducido.
4. maravillado—asombrado; atónito; boquiabierto.
5. merced—favor; concesión.
6. placer—complacer; gustar (subjuntivo irregular: plega, pluguiese).
7. recelo—falta de confianza en algo o alguien.
8. porfiar—insistir.
9. saña—rabia, ira, furia.
10. despedazar—cortar en pedazos.

Código para la comprensión

Código literario: Los árabes introdujeron a la Península Ibérica una tradición de cuentos didácticos. La colección más famosa en *Las mil y una noches* (de orígenes remotos, pero ya en forma de libro en árabe en 860) en que Scheherazade, para salvar la vida, le cuenta una historia cada noche al sultán, pero no la termina hasta la noche siguiente, cuando empieza una historia nueva. Otra forma que tomaba la colección de cuentos era la de consejos, y ésta es la que sigue Juan Manuel. En su colección de "ejemplos" titulada El Conde Lucanor, el Conde le pide a su consejero Patronio que le dé consejos respecto a algún problema que tiene. Patronio le contesta con un cuentito. Aunque muchos de los cuentos de la colección de Juan Manuel no son originales, otros sí, y éstos forman el primer paso que da la prosa ficticia en España.

Después de leer

Al estudiar la literatura española anterior a El conde Lucanor uno ve un desarrollo en la lengua castellana. Don Juan Manuel trabajó mucho para conseguir un estilo elegante y personal. El tono de sus ejemplos es claramente serio y didáctico. Quiso ser claro y conciso en su forma de escribir, lo cual se ve en la brevedad de sus ejemplos; algunos apenas son de una página. No hay mucha descripción ni recursos literarios de ese tipo, va directamente al grano. Lo que sí emplea mucho es la conjunción "y".

Cada ejemplo en El conde Lucanor termina con un proverbio filosófico. Este tipo de enseñanza moral era bastante común en la literatura medieval castellana. Se puede notar el proverbio en el Ejemplo XXXV que, como todos, resume la idea principal del cuento y ofrece una lección sencilla al lector.

Ya se ha mencionado el origen árabe de muchos de sus cuentos. Tanto la repetición de palabras como el uso del diálogo parecen indicar una fuente oral para los Ejemplos. Según Alan Deyermond, la característica más importante en la obra de don Juan Manuel no es la autoridad de sus fuentes sino su experiencia en la vida.

“Lo que sucedió a un mancebo que casó con una muchacha muy rebelde”

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le decía:

-Patronio, un pariente mío me ha contado que lo quieren casar con una mujer muy rica y más ilustre que él, por lo que esta boda le sería muy provechosa si no fuera porque, según le han dicho algunos amigos, se trata de una doncella muy violenta y colérica. Por eso os ruego que me digáis si le debo aconsejar que se case con ella, sabiendo cómo es, o si le debo aconsejar que no lo haga.

-Señor conde -dijo Patronio-, si vuestro pariente tiene el carácter de un joven cuyo padre era un honrado moro, aconsejadle que se case con ella; pero si no es así, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que le contase lo sucedido.

Patronio le dijo que en una ciudad vivían un padre y su hijo, que era excelente persona, pero no tan rico que pudiese realizar cuantos proyectos tenía para salir adelante. Por eso el mancebo estaba siempre muy preocupado, pues siendo tan emprendedor no tenía medios ni dinero.

En aquella misma ciudad vivía otro hombre mucho más distinguido y más rico que el primero, que sólo tenía una hija, de carácter muy distinto al del mancebo, pues cuanto en él había de bueno, lo tenía ella de malo, por lo cual nadie en el mundo querría casarse con aquel diablo de mujer.

Aquel mancebo tan bueno fue un día a su padre y le dijo que, pues no era tan rico que pudiera darle cuanto necesitaba para vivir, se vería en la necesidad de pasar miseria y pobreza o irse de allí, por lo cual, si él daba su consentimiento, le parecía más juicioso buscar un matrimonio conveniente, con el que pudiera encontrar un medio de llevar a cabo sus proyectos. El padre le contestó que le gustaría mucho poder encontrarle un matrimonio ventajoso.

Dijo el mancebo a su padre que, si él quería, podía intentar que aquel hombre bueno, cuya hija era tan mala, se la diese por esposa. El padre, al oír decir esto a su hijo, se asombró mucho y le preguntó cómo había pensado aquello, pues no había nadie en el mundo que la conociese que, aunque fuera muy pobre, quisiera casarse con ella. El hijo le contestó que hiciese el favor de concertarle aquel matrimonio. Tanto le insistió que, aunque al padre le pareció algo muy extraño, le dijo que lo haría.

Marchó luego a casa de aquel buen hombre, del que era muy amigo, y le contó cuanto había hablado con su hijo, diciéndole que, como el mancebo estaba dispuesto a casarse con su hija, consintiera en su matrimonio. Cuando el buen hombre oyó hablar así a su amigo, le contestó:

-Por Dios, amigo, si yo autorizara esa boda sería vuestro peor amigo, pues tratándose de vuestro hijo, que es muy bueno, yo pensaría que le hacía grave daño al consentir su perjuicio o su muerte, porque estoy seguro de que, si se casa con mi hija, morirá, o su vida con ella será peor que la misma muerte. Mas no penséis que os digo esto por no aceptar vuestra petición, pues, si la queréis como esposa de vuestro hijo, a mí mucho me contentará entregarla a él o a cualquiera que se la lleve de esta casa.

Su amigo le respondió que le agradecía mucho su advertencia, pero, como su hijo insistía en casarse con ella, le volvía a pedir su consentimiento.

Celebrada la boda, llevaron a la novia a casa de su marido y, como eran moros, siguiendo sus costumbres les prepararon la cena, les pusieron la mesa y los dejaron solos hasta la mañana siguiente. Pero los padres y parientes del novio y de la novia estaban con mucho miedo, pues pensaban que al día siguiente encontrarían al joven muerto o muy mal herido.

Al quedarse los novios solos en su casa, se sentaron a la mesa y, antes de que ella pudiese decir nada, miró el novio a una y otra parte y, al ver a un perro, le dijo ya bastante airado:

-¡Perro, danos agua para las manos!

El perro no lo hizo. El mancebo comenzó a enfadarse y le ordenó con más ira que les trajese agua para las manos. Pero el perro seguía sin obedecerle. Viendo que el perro no lo hacía, el joven se levantó muy enfadado de la mesa y, cogiendo la espada, se lanzó contra el perro, que, al verlo venir así, emprendió una veloz huida, perseguido por el mancebo, saltando ambos por entre la ropa, la mesa y el fuego; tanto lo persiguió que, al fin, el mancebo le dio alcance, lo sujetó y le cortó la cabeza, las patas y las manos, haciéndolo pedazos y ensangrentando toda la casa, la mesa y la ropa.

Después, muy enojado y lleno de sangre, volvió a sentarse a la mesa y miró en derredor. Vio un gato, al que mandó que trajese agua para las manos; como el gato no lo hacía, le gritó:

-¡Cómo, falso traidor! ¿No has visto lo que he hecho con el perro por no obedecerme? Juro por Dios que, si tardas en hacer lo que mando, tendrás la misma muerte que el perro.

El gato siguió sin moverse, pues tampoco es costumbre suya llevar el agua para las manos. Como no lo hacía, se levantó el mancebo, lo cogió por las patas y lo estrelló contra una pared, haciendo de él más de cien pedazos y demostrando con él mayor ensañamiento que con el perro.

Así, indignado, colérico y haciendo gestos de ira, volvió a la mesa y miró a todas partes. La mujer, al verle hacer todo esto, pensó que se había vuelto loco y no decía nada.

Después de mirar por todas partes, vio a su caballo, que estaba en la cámara y, aunque era el único que tenía, le mandó muy enfadado que les trajese agua para las manos; pero el caballo no le obedeció. Al ver que no lo hacía, le gritó:

-¡Cómo, don caballo! ¿Pensáis que, porque no tengo otro caballo, os respetaré la vida si no hacéis lo que yo mando? Estáis muy confundido, pues si, para desgracia vuestra, no cumplís mis órdenes, juro ante Dios daros tan mala muerte como a los otros, porque no hay nadie en el mundo que me desobedezca que no corra la misma suerte.

El caballo siguió sin moverse. Cuando el mancebo vio que el caballo no lo obedecía, se acercó a él, le cortó la cabeza con mucha rabia y luego lo hizo pedazos.

Al ver su mujer que mataba al caballo, aunque no tenía otro, y que decía que haría lo mismo con quien no le obedeciese, pensó que no se trataba de una broma y le entró tantísimo miedo que no sabía si estaba viva o muerta.

Él, así, furioso, ensangrentado y colérico, volvió a la mesa, jurando que, si mil caballos, hombres o mujeres hubiera en su casa que no le hicieran caso, los mataría a todos. Se sentó y miró a un lado y a otro, con la espada llena de sangre en el regazo; cuando hubo mirado muy bien, al no ver a ningún ser vivo sino a su mujer, volvió la mirada hacia ella con mucha ira y le dijo con muchísima furia, mostrándole la espada:

-Levantaos y dadme agua para las manos.

La mujer, que no esperaba otra cosa sino que la despedazaría, se levantó a toda prisa y le trajo el agua que pedía. Él le dijo:

-¡Ah! ¡Cuántas gracias doy a Dios porque habéis hecho lo que os mandé! Pues de lo contrario, y con el disgusto que estos estúpidos me han dado, habría hecho con vos lo mismo que con ellos.

Después le ordenó que le sirviese la comida y ella le obedeció. Cada vez que le mandaba alguna cosa, tan violentamente se lo decía y con tal voz que ella creía que su cabeza rodaría por el suelo.

Así ocurrió entre los dos aquella noche, que nunca hablaba ella sino que se limitaba a obedecer a su marido. Cuando ya habían dormido un rato, le dijo él:

Con tanta ira como he tenido esta noche, no he podido dormir bien. Procurad que mañana no me despierte nadie y preparadme un buen desayuno.

Cuando aún era muy de mañana, los padres, madres y parientes se acercaron a la puerta y, como no se oía a nadie, pensaron que el novio estaba muerto o gravemente herido. Viendo por entre las puertas a la novia y no al novio, su temor se hizo muy grande.

Ella, al verlos junto a la puerta, se les acercó muy despacio y, llena de temor, comenzó a increparles:

-¡Locos, insensatos! ¿Qué hacéis ahí? ¿Cómo os atrevéis a llegar a esta puerta? ¿No os da miedo hablar? ¡Callaos, si no, todos moriremos, vosotros y yo!

Al oírla decir esto, quedaron muy sorprendidos. Cuando supieron lo ocurrido entre ellos aquella noche, sintieron gran estima por el mancebo porque había sabido imponer su autoridad y hacerse él con el gobierno de su casa. Desde aquel día en adelante, fue su mujer muy obediente y llevaron muy buena vida.

Pasados unos días, quiso su suegro hacer lo mismo que su yerno, para lo cual mató un gallo; pero su mujer le dijo:

-En verdad, don Fulano, que os decidís muy tarde, porque de nada os valdría aunque mataseis cien caballos: antes tendríais que haberlo hecho, que ahora nos conocemos de sobra.

Y concluyó Patronio:

-Vos, señor conde, si vuestro pariente quiere casarse con esa mujer y vuestro familiar tiene el carácter de aquel mancebo, aconsejadle que lo haga, pues sabrá mandar en su casa; pero si no es así y no puede hacer todo lo necesario para imponerse a su futura esposa, debe dejar pasar esa oportunidad. También os aconsejo a vos que, cuando hayáis de tratar con los demás hombres, les deis a entender desde el principio cómo han de portarse con vos.

El conde vio que este era un buen consejo, obró según él y le fue muy bien.

Como don Juan comprobó que el cuento era bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*Si desde un principio no muestras quién eres,
nunca podrás después, cuando quisieres.*

FIN

Pasos para la comprensión

1. El conde le pide a Patronio consejos, y éste le responde con un cuento. ¿Por qué desea el conde consejos?
2. Enfoquémonos en el cuento de Patronio. ¿Qué semejanzas hay entre el dilema del amigo del conde y el mancebo moro del cuento? ¿Por qué crees que al amigo del Conde le "convendría mucho" el casamiento?
3. A pesar del mal carácter de ambas mujeres (la del amigo y la del cuento de Patronio), los dos mancebos desean casarse. ¿Por qué? ¿Se ve hoy día a gente que se casa por las mismas razones?
4. El cuento de Patronio contiene mucho humor. Por ejemplo, ¿cómo reacciona el padre de la chica al saber que el hijo de su amigo desea casarse con su hija? Cita otros ejemplos de humor en el cuento.
5. En la primera noche del matrimonio el moro va a enseñarle a su nueva esposa cómo comportarse. ¿Qué le pide el mancebo moro a los animales? ¿Por qué razón crees que le pide tal cosa?

6. Las reacciones del mancebo moro a los animales toma una forma violenta y sangrienta. Explica lo que hace con cada uno.
- el perro
 - el gato
 - el caballo
7. En dos ocasiones se menciona que sólo tenía un caballo, y sin embargo, lo mató. ¿Qué mensaje saca su esposa de este acto? ¿Qué relación hay entre la esposa y el caballo?
8. ¿Cómo reacciona la mujer cuando le pide el mancebo moro que le traiga agua para lavarse las manos, o luego cuando le pide la cena?
9. ¿De qué se asombraron los padres y parientes del mancebo la mañana siguiente cuando fueron a su casa? ¿Por qué admiraron tanto al mancebo?
10. ¿Qué hizo el padre de la muchacha al ver el éxito de su yerno? ¿Por qué no tuvo el viejo el mismo éxito que el joven?

11. ¿Qué piensas es la moraleja de este cuento?

12. ¿Cuál es la moraleja que escribe el autor, D. Juan Manuel, al final de la narración?
¿Encuadra tu respuesta a la pregunta 11 a la del autor?